

La cuestión ambiental como valor social emergente

José Andrés Domínguez Gómez.

Sociólogo. Universidad de Huelva.

Para citar:

DOMÍNGUEZ, J. A. (2001): “La cuestión ambiental como valor social emergente”, en VÁZQUEZ, O; DOMÍNGUEZ, J. A., Y GAONA, A.: *Trabajo social y medio ambiente: empleo, formación y participación*. Universidad de Huelva, Huelva.

Introducción

No es infrecuente que la sociología tenga problemas de legitimidad como ciencia de cara a otras ciencias. Y tampoco es de extrañar, dadas las particularidades metodológicas y de su objeto de estudio.

Dichos problemas se acentúan si, además, el contexto social sobre el que se reflexiona se caracteriza por las paradojas, la más importante de las cuales hace referencia a la presencia regular del cambio social, o lo que es lo mismo, la conversión del cambio social en elemento estructural.

En este trabajo sólo pretendo intentar reflejar brevemente un aspecto crucial del cambio social actual (la tendencia a percibir el medio ambiente como un valor en sí) y plantear algunas cuestiones teóricas que enmarcan dicho fenómeno.

1. Medioambientalismo y posmaterialismo

En una obra que sin duda se convertirá en un clásico, si es que aún no pudiera considerarse como tal, Inglehart (1991) desarrolla un detallado estudio que, continuando en la línea de trabajos previos, trata con detenimiento el cambio de los valores en las sociedades de nuestro círculo occidental, creando un marco que utilizaremos para expli-

car los aspectos posmaterialistas del medio ambiente y comentar su importancia en estas sociedades.

Plantea Inglehart para analizar dicho cambio de valores dos hipótesis de trabajo sobre las que girará su exposición posterior: “1. Hipótesis de la escasez: las prioridades de un individuo reflejan su medio ambiente socioeconómico. Se otorga el mayor valor subjetivo a las cosas relativamente escasas. 2. Hipótesis de la socialización: la relación entre el medio ambiente socioeconómico y las prioridades valorativas no es de ajuste inmediato. Existe un desajuste temporal sustancial, dado que los valores básicos propios reflejan en gran medida las condiciones prevalecientes durante los años previos a la madurez” (1991; 61).

Sobre *la primera hipótesis*, anota la suposición previa de la existencia de una escala de necesidades cuasi-universal, en la línea de que “las necesidades fisiológicas no cubiertas tengan prioridad sobre necesidades sociales, intelectuales o estéticas” (1991; 61), aunque “una ordenación jerárquica de las necesidades está menos clara cuando nos alejamos de aquéllas directamente relacionadas con la supervivencia” (1991; 62). El “mantenimiento físico y la seguridad” en el primer plano, y la “estima, la autoexpresión y la satisfacción estética” en el segundo, son los ejemplos de uno y otro tipo de necesidades.

Teniendo en cuenta que en nuestra sociedad, a diferencia de las distintas sociedades que se han ido sucediendo a lo largo de la historia, la mayoría de la población tiene cubierta las necesidades de tipo primario, podríamos pensar que este hecho puede haber “llevado a un giro gradual según el cual las necesidades de estima, pertenencia al grupo y satisfacción intelectual y estética se han vuelto más importantes” (1991; 62). Así, la reflexión consecuente puede hacernos pensar en que la norma al respecto se establezca en los siguientes términos: si se prolonga una situación general de satisfacción de las necesidades fisiológicas en períodos de bienestar económico, los valores de corte postmaterialista, como por ejemplo los valores ecológicos o medioambientales, que se corresponden en su formulación con las nuevas necesidades citadas en el párrafo anterior, serán la referencia generalizada de la sociedad. Naturalmente, y en la parte simétrica del planteamiento, los ciclos de escasez económica en los que la mayoría de la sociedad sufra algún tipo de carencia básica, ésta evitará la promoción social de dichos valores, incrementando la importancia concedida a la base material de la vida.

“Pero no es tan simple. No existe una relación de uno a uno entre el nivel económico y la prevalencia de valores posmaterialistas, porque estos valores reflejan el sentido subjetivo de seguridad y no el nivel económico que tiene per se. Mientras que no cabe duda de que los individuos y las naciones ricas tienden a sentirse más seguros que los pobres, estos sentimientos también se ven influidos por el medio cultural y las instituciones de bienestar social en las que uno se educó. Por tanto, la hipótesis de la escasez por sí sola no genera pronósticos adecuados sobre el proceso de cambio en los valores” (1991; 62).

Aquí es donde entra en juego la segunda hipótesis que aporta explicación a este cambio, pues con la *hipótesis de la socialización* controlamos esa cuestión que, en principio, y con la sola referencia a la de la escasez, se nos escapaba. El proceso de socialización humana, como es bien sabido, es inacabado por definición, hasta el momento mismo de la muerte; no obstante, también se conoce el hecho de que la base de la personalidad se forma durante la infancia y la juventud, siendo los cambios posteriores, en la mayoría de los casos, y salvo traumas agudos o situaciones específicas, de carácter leve.

Tenemos entonces, según Inglehart, que de la complementariedad de ambas hipótesis puede resultar una explicación de los cambios de valores en las sociedades occidentales que puede ser aceptable. “En primer lugar, mientras que la hipótesis de la escasez implica que la prosperidad lleva a la difusión de valores posmaterialistas, la hipótesis de socialización implica que ni los valores de un individuo ni los de una sociedad en conjunto es probable que varíen de la noche a la mañana. Por el contrario, los cambios en los valores fundamentales tienen lugar gradualmente, de modo casi invisible. Se producen en gran medida cuando una generación más joven reemplaza a una más vieja en la población adulta de una sociedad” (1991; 63).

Para el caso español, Díez Nicolás (1994) da alguna pista importante, cuando dice, por ejemplo, que “el desarrollo económico alcanzado por España, así como el largo período transcurrido sin participar en una guerra [como indicador de seguridad física], constituían las condiciones que, de acuerdo con la teoría expuesta, deberían provocar un cambio de valores hacia una orientación crecientemente postmaterialista. Los datos correspondientes a la Encuesta Europea de Valores de 1981 y 1990 (Andrés Orizo, 1983, 1991) demuestran que, en efecto, el nivel de postmaterialismo en España es similar al de otras sociedades occidentales, y se corresponde con su nivel de desarrollo, habiéndose producido un incremento del postmaterialismo entre 1981 y 1990” (1994;

128). Nótese que esta afirmación es coherente también con la hipótesis de la socialización, ya que las generaciones nacidas en los 60 son las que hoy se incorporan a la vida adulta, y desde esos años que comienza a aumentar la presencia de valores posmaterialistas en nuestra cultura. También añade Díez Nicolás que los altibajos coyunturales en la economía, como los sucedidos en los 70 y finales de los 80, no logran desestabilizar una tendencia general al alza en este tipo de valores.

De este modo, la actual llegada de unas generaciones tan posmaterialistas como no se conocían en la historia de la sociedad occidental contemporánea, queda cubierta en su explicación por la hipótesis de la dualidad materialismo – posmaterialismo de los valores que mantiene Inglehart. Son generaciones criadas en la bonanza económica y en un bienestar medio – alto, crónicamente insatisfechas al situar su escala de necesidades en un nivel mucho más elevado que el de sus padres o, aún más, el de sus abuelos. Cuestiones como el voluntariado, la revalorización de las relaciones de tipo primario, la búsqueda de la propia identidad o, fundamental para este trabajo, la preocupación medioambiental, encuentran justificación a través de la teoría de Ronald Inglehart.

2. Sociedad del riesgo y valores ambientales

La otra referencia teórica que enmarca esta breve exposición es la que nos ofrecen algunos autores contemporáneos que adjetivan la sociedad contemporánea como "sociedad del riesgo".

Como Beriain (1996) afirma en su prólogo, el riesgo es un “constructo social histórico”, propio de una época y de una situación determinada, la nuestra, con antecedentes claros pero de futuro impredecible o contingente, dada la “premisa de la improbabilidad del orden social”, que hace que el orden sea siempre “una meta a conseguir, no un estado en el que situarse”, como hasta ahora sucedía. Sin orden, la posibilidad de prever disminuye.

Niklas Luhmann (en BERIAIN, 1996), dice que el riesgo como objeto de sociología ha de entenderse como una consecuencia del incremento de la importancia de la racionalidad como clave de entendimiento social; racionalidad que obliga a plantearse la posibilidad de un daño futuro, al que se le contrapone la seguridad (típica de la sociedad tradicional, premoderna, estable). Y además realiza una distinción entre riesgo y peligro, donde el primer término se corresponde con la posibilidad de daño procedente de

una decisión propia, y el segundo con dicha posibilidad procedente de segundos actores, de “otros”, es decir, del entorno.

Dada la multitud de posibilidades de elección en la sociedad actual, la elección en sí supone tanto riesgo como la no-elección, puesto que esta opción también es elegida, de donde deduce Luhmann que el riesgo en este contexto no es evitable, sino que es propio de él. Vivimos, así, en la sociedad del riesgo. Además, “conforme más racionalmente se calcula y más complejo se hace el proceso de cálculo, mayor es el número de facetas en las que reina la incertidumbre del futuro y, por ende, del riesgo” (LUHMANN en BERIAIN, 1996; 150). Siendo, así, el riesgo ineludible, la única opción existente es su racionalización como riesgo o como peligro, según su propia terminología; aunque en nuestra opinión, ambas posibilidades puedan sumarse, dado que las decisiones que tomamos pueden unirse a las de otro/s para causar daño (o causarlo potencialmente) a nosotros mismos o a otros, ya sea de modo inmediato o en el futuro más o menos próximo o lejano.

Precisamente la indeterminación del futuro es un elemento desestabilizador importante en nuestra sociedad, en tanto que tiene de desconocido y de probable (o improbable), desembocando en su convivencia estrecha con el presente.

“En estos momentos únicamente interesa un aspecto más abstracto: ya que el futuro no se puede conocer (si no, no sería futuro) y ya que la sociedad actual no se puede explicar como consecuencia de su novedad estructural, tiene lugar una peculiar simbiosis de futuro y sociedad, es decir, de indeterminación determinada en la dimensión temporal y social. La consecuencia de todo esto parece conducir a una percepción del futuro sólo en el ámbito de la probabilidad, esto es, en todos sus rasgos más o menos probables o más o menos improbables. Para el presente significa lo siguiente: nadie puede monopolizar el conocimiento del futuro o la posibilidad de determinarlo” (LUHMANN en BERIAIN, 1996; 170-171).

Las ideas de Luhmann, aunque clarificadoras y agudas, son objeto de algunas críticas de fondo, como las que Sanz y Sánchez (1998) plantean cuando dicen:

“El tránsito del peligro al riesgo no está nada claro en las enrevesadas argumentaciones de Luhmann. Cuando utiliza el término «sociedades modernas», debería aclarar si se trata de una dimensión histórico temporal, o hace alusión a unas determinadas características sociales. Si, como puede presumirse, se refiere a una dimensión histórico temporal, ni «antes» ni «después» se produce un con-

trol sobre catástrofes «naturales»; debido a la interdependencia existente en la biosfera, cada vez es más difícil establecer una delimitación entre sucesos «naturales» y los provocados en determinados países” (1998; 98).

Ulrich Beck (1993), autor que parece ser reconocido como “institucionalizador” o emblema, referencia obligada, del debate sociológico sobre la sociedad del riesgo, expone en la obra de Beriaín algunas de sus ideas más importantes.

El riesgo sobre el que diserta este autor, tiene mucho que ver también, como en el caso de Luhmann, con la forma particular de pensamiento propio de la sociedad contemporánea, pero Beck matiza este asunto dando un paso más. El carácter reflexivo de dicha sociedad es al que alude como origen principal del riesgo, pero no en el sentido reflexivo de Giddens (más parecido al concepto de Luhmann), sino en el sentido de “ida y vuelta”, emisión de algo y recepción de eso mismo, o de lo que deviene de ello, en el sentido de espejo. Así, la sociedad moderna es reflexiva por lo que los fenómenos propios de ella causan sobre sí misma. Beck llega a hablar de “autoconfrontación” en la sociedad moderna actual:

“... el tránsito de la época industrial a la del riesgo se realiza anónima e imperceptiblemente en el curso de la modernización autónoma conforme al modelo de efectos colaterales latentes. Se puede decir directamente: las constelaciones de la sociedad del riesgo se producen a causa del dominio de los supuestos de la sociedad industrial (consenso sobre el progreso, la abstracción de los efectos y peligros ecológicos, la optimización) sobre el pensamiento y la acción de los hombres e instituciones. La sociedad del riesgo no es una opción elegida o rechazada en la lid política. Surge en el autodespliegue de los procesos de modernización que son ajenos a las consecuencias y peligros que a su paso desencadenan. Estos procesos de modernización generan de manera latente peligros, que cuestionan, denuncian y transforman los fundamentos de la sociedad industrial” (BECK en BERIAÍN, 1996; 202).

Reconoce Beck la existencia de las dos acepciones de la reflexividad de la modernidad; incluso utiliza ambas para caracterizar la sociedad del riesgo tal y como nosotros queremos entenderla). La sociedad moderna aparece como particular o “especial”, ya que en el imperio de la racionalidad, desde el mínimo detalle del día a día hasta el funcionamiento estructural más macro, la reflexión (en el sentido de pensamiento) sobre la autoconfrontación (procedente de la reflexión en el “sentido de espejo”) no produce

efectos racionales, que vayan orientados a reducir los riesgos causados por las nuevas actividades sociales.

“Ciertamente, la denominación sociedad del riesgo trata de dar forma conceptual a esta relación de lo reflexivo y reflexión. La forma conceptual de sociedad del riesgo designa desde un punto de vista teórico-social y de diagnóstico cultural un estadio de la modernidad, en el que, con el desarrollo de la sociedad industrial hasta nuestros días, las amenazas provocadas ocupan un lugar predominante. De esta manera, se plantea la autolimitación de este desarrollo y se propone el cometido de tematizar los estándares alcanzados (en responsabilidad, seguridad, control, limitación, limitación de perjuicios y distribución de los efectos nocivos) en clave de peligros potenciales. Estos se verifican, no sólo por la percepción a ras de tierra y por una meditación de más altura teórica, sino también a través del diagnóstico científico. Las sociedades modernas se confrontan con los fundamentos y límites de su propio modelo al mismo tiempo que no modifican sus estructuras, no reflexionan sobre sus efectos y privilegian una política continuista desde el punto de vista industrial” (BECK en BERIAÍN, 1996; 203-204).

Bauman, en esa misma obra de compilación (BERIAÍN, 1996) añade que la modernidad en la actualidad está caracterizada por el diseño total; es decir, en el intento de control del entorno por parte de la sociedad, dadas las nuevas posibilidades técnicas y tecnológicas, lo natural se hace hoy planificado e intervenido. Ése se plantea como el estado ideal de la sociedad moderna, lo que la distingue, pero en el intento, e imposibilidad, de control, definición y conocimiento de todas las posibilidades a controlar, definir y conocer de los sucesos sociales y naturales, aparece la incertidumbre, el miedo a la ambivalencia (es decir, a la falta de control); aparece la sensación de riesgo.

Y es en este sentido de organización, de deseo de control, en el que Giddens, también en el mismo volumen, plantea el surgimiento de los nuevos riesgos, tan nuevos que ninguna generación previa ha tratado con ellos, no existiendo, por tanto, forma de afrontarlos. Dichos nuevos riesgos vienen de la mano, según Anthony Giddens, del carácter reflexivo (en el sentido de racional) de los actores sociales, técnicos o convencionales, y su deseo de predicción de sucesos futuros, y ambas cuestiones, es decir, falta de referentes previos y reflexividad social, obliga a una fuerte consideración del riesgo que acarrearían las decisiones a tomar, pues el control de sus consecuencias pudiera no ser posible. A todo ello habría que añadir la cuestión de la globalización de las instituciones sociales de la “modernidad superior” (es decir, nuestros días), que posibilita la ampliación de las consecuencias de una decisión tomada en un contexto y por un actor deter-

minado a otros contextos y actores, independientemente de en qué punto espacial o temporal (futuro) se encuentren éstos.

3. Conceptualización de la sociedad del riesgo como tal

La sociedad que preside el riesgo es el objeto de investigación y reflexión de Ulrich Beck en su *Risk society* (1993), así como también en otros trabajos suyos. Es el caso de su artículo en BERIAIN (1996) y en BECK, GIDDENS Y LASH (1997).

Son tres, según Beck, las novedades que aporta la dinámica social sobre la que el riesgo impone sus reglas. En principio, quizá como la más importante, la sociedad moderna se construye, desde sus inicios, sobre la destrucción de la Naturaleza, es decir, se eleva sobre cimientos provisionales, que lo son en cuanto que es fácilmente comprensible la finitud y limitación de los recursos.

En segundo lugar, debido a lo nuevos que son estos riesgos, la sociedad puede verse desestabilizada cuando tome consciencia de ellos y, más concretamente, de su desconocimiento al respecto, aun más considerando el carácter extremadamente racional de esta sociedad.

En tercer lugar, el riesgo y la desestabilización social consecuente ponen en entredicho algunos de los antiguos sistemas de cesión de seguridad al individuo (por ejemplo, identidad grupal de clase, según el criterio económico de estratificación), lo que se traduce en un aumento de la “individualización” de la seguridad, acrecentada por las circunstancias sociales con implicaciones en el aumento de libertad, de los derechos y deberes, que la nueva sociedad supone. Libertades, derechos y deberes que suponen una delegación de responsabilidades de la sociedad en el individuo, difícilmente asumibles por éste, dado el alcance y las consecuencias de la toma de decisiones al respecto de riesgos nuevos, presumiblemente graves y desconocidos, lo que lleva a Beck a calificarlas de “libertades de alto riesgo”, que provocan lo que Luhmann denomina el “horror de la indeterminación” o, en palabras de Beck, la “incertidumbre” y su afianzamiento.

La pregunta cuya respuesta es la clave de esta incertidumbre es “¿qué hacer?”, y Beck plantea que la modernidad tardía responde inadecuadamente con *lo que no hay que hacer*, lo cual inhabilita la posibilidad de acción constructiva anti-riesgo, y supone el citado afianzamiento de la incertidumbre, que a su vez promociona una toma de decisiones arriesgadas, tanto a nivel individual como macro (por parte de actores sociales colectivos y el Estado).

La inseguridad en el presente influye también, como parece obvio, y como ya comentamos más arriba, en el entendimiento del futuro. Al respecto, Luhmann dice que el desconocimiento de las posibilidades de decisión sin riesgo en el presente evitan la predicción, lo que origina una “peculiar simbiosis de futuro y sociedad, es decir, de indeterminación determinada en la dimensión temporal y social”. La visibilidad del futuro queda limitada a una “probabilidad, e implica que ningún actor social pueda monopolizar el conocimiento del futuro o la posibilidad de determinarlo” (LUHMANN en BERIAIN, 1996; 171). Aún más, a ello se añade la dificultad de aplicación de la probabilidad a los fenómenos sociales, cuestión que Luhmann ilustra con los siguientes ejemplos concatenados:

“Aunque sepamos que sólo cada doce millones de años puede explotar una central nuclear, es posible que ocurra sorpresivamente en menos de lo probable. Aunque se sepa que conduciendo por autopista sólo se puede tener un accidente mortal cada doce millones de kilómetros, éste puede esperarnos detrás de la próxima curva”.

Beck añade que esta inseguridad tiende a hacer a la sociedad autocrítica por mor de los grandes entes decisionales, especialmente el Estado, que a través de su insaciable deseo de asumir control social, inserta complejidad y ambigüedad.

“La sociedad industrial, el orden social burgués y, especialmente, el estado benefactor y social pretenden convertir los contextos de vida humana en una estructura controlable, elaborable, disponible, atribuible (a nivel individual y jurídico). Por el contrario, estas pretensiones conducen en la sociedad del riesgo una y otra vez a imperceptibles efectos colaterales diferidos en el tiempo, con los cuales la exigencia de control es trascendida, desencadenando, a su vez, la aparición de lo incierto, de lo ambiguo. Dicho en pocas palabras: el regreso de lo desconocido” (en BERIAIN, 1996; 216).

La ambigüedad se apodera de la dinámica social y los mensajes contradictorios se reproducen, poniéndose en entredicho incluso la capacitación de las voces procedentes de los sistemas expertos.

“Los expertos en seguros contradicen (sin pretenderlo) a los ingenieros en seguridad. Estos diagnostican riesgo nulo; aquéllos mantienen que nada es seguro. Los expertos son relativizados y destronados por los contraexpertos. Los políticos topan con la oposición de las iniciativas ciudadanas, la tecnoestructura industrial con el boicot de consumidores movilizados y or-

ganizados político-moralmente. Las administraciones son criticadas por grupos de autoayuda. Por último, se debe esclarecer qué sectores industriales son los causantes de daños y (por ejemplo, la industria química en la contaminación del mar) y cuáles los afectados (en este caso, la industria pesquera y el mercado del turismo). Los sectores industriales portadores de peligros pueden ser criticados, controlados y corregidos por quienes sufren sus efectos nocivos. La cuestión del riesgo, escinde familias, grupos de profesionales especializados en el sector químico, hasta gerentes de sociedades privadas, y en muchas ocasiones, también es capaz de dividir a uno mismo: lo que la cabeza quiere y la lengua dice, la mano se niega a hacer” (en BERIAIN, 1996; 217-218).

Las estrategias de búsqueda de seguridad se estrellan contra el muro de una dinámica social aplastante que, ante el proceso galopante de destradicionalización (inutilidad de las herramientas de vida social premodernas) oprime con la obligación de la decisión hasta en el más mínimo detalle, sin que esa posibilidad signifique libertad real.

Si pensamos brevemente, dice Giddens (1997), nuestra vida cotidiana es una elección continua, una construcción de nuestra propia vida a través de la toma de decisiones consecutivas que, en algunos casos, pueden dar un vuelco a nuestro día a día. Aunque esta posibilidad de configurar nuestra vida podría, en principio, ser interpretada como la plena autonomía parece, de un lado, psicológicamente demostrado que la propia inconsciencia psicológica de la persona limita ese número indefinido de posibles opciones en cada decisión. Además, de otro lado, la rutinización de ciertos comportamientos aparece como una necesidad humana clave para el desarrollo de nuestra vida cotidiana. Pero, lo que es más importante, las posibilidades de opción del día a día no vienen configuradas por nosotros, actores sociales particulares, sino por otros actores sociales, cuyas decisiones nos afectan en lo realmente importante: precisamente en las posibilidades de opción. Éstas, por tanto, aparecen a nuestra capacidad de decisión como dadas.

Beriain (1996) se hace eco de la afirmación de otro autor¹, al manifestar la existencia de dos estrategias de búsqueda de seguridad. La primera de ellas es simplemente adaptativa; es decir, a través de ensayo-error los sistemas y los actores van conociendo las posibilidades que más se adaptan al objeto de su búsqueda, con lo cual la confianza y la estabilidad aumentarían. La segunda de ellas se refiere a que si conseguimos anticiparnos al suceso que provoca riesgo, éste podría ser evitado.

Ambas estrategias se manifiestan débiles ante el nivel de riesgo de la sociedad contemporánea. La primera puede ponerse en entredicho si al sopesar los riesgos que implique el ensayo, la diferencia es favorable a la situación actual. Es decir, la pregunta a plantear sería algo así: “¿merece la pena el riesgo que corro por la porción de seguridad que gano?”. Y aún: “¿Cómo puedo saber que tras correr ese riesgo y ganar esa porción de seguridad, no tendré que asumir otro riesgo concatenado?”. Además, dicha estrategia perdería sentido en una sociedad en la que los riesgos apareciesen sin parar en el desenvolvimiento social, en el funcionamiento de todos los actores sociales; y ésta parece ser la perspectiva actual. La segunda estrategia muestra su debilidad precisamente en las implicaciones de dicha anticipación, pues puede acarrear otros riesgos. Y además, como dice Wildavsky (citado por Beriain) puede suponer la pérdida de “beneficios de oportunidad” que ofrecen sistemas productores de riesgo (como las nuevas tecnologías, por ejemplo). No habría, pues, seguridad sin riesgo.

Beck (1997) opina que el paradigma de respuesta a la cuestión de cuánto riesgo hay en la “alta” sociedad moderna o, lo que es lo mismo, cuánto atenta la propia sociedad contemporánea, en su dinámica, contra ella misma, se puede encontrar en la crisis ecológica de fin de siglo, pues rompe la presunción de controlabilidad que esta sociedad supone a cosas que se manifiestan como difícilmente controlables. Cuenta este autor varias razones de tal afirmación.

En principio, dice, los desastres ecológicos, de efectos globales, y el poder de su presencia actual y futura, hacen que no parezca disparatado pensar que la sociedad se dirige a alguna suerte de “suicidio colectivo”, y que la posibilidad de externalizar los problemas del desarrollo económico no sostenible se desvanezca. Además, la coherencia de la externalización de los problemas ecológicos también se esfuman cuando tales externalidades “devalúan el capital, hacen que los mercados se colapsen, confunden las prioridades y dividen a administradores, gestores, sindicatos, partidos, grupos ocupacionales y familias” (1997; 216).

Sucede que los actores sociales asumen los problemas ecológicos como dados, lo cual es un grave problema para su posible solución, ya que el punto de partida de la reflexión es interno al propio sistema. Esto hace que la “externalizabilidad” quede más como una fe que como una cuestión susceptible de ser alcanzada con los esquemas de pensamiento que se manejan. La confianza viene a depositarse en los “sistemas exper-

¹ WILDAVSKY, A.: *Searching for safety*. New Brunswick, 1988.

tos” (GIDDENS, 1991) o, lo que es lo mismo, la ciencia y todos sus aspectos y aplicaciones. Pero en los presupuestos de ciencia como sistema lineal o en progreso geométrico, por un lado, y de controlabilidad de la externalidad mediante la estrategia anticipatoria anteriormente comentada, por otro, están las debilidades de la garantía de dicha solución. La crisis ecológica aparece, pues, como ejemplo de lo que Beck denomina reflexividad.

4. ¿Sociedad de la "certeza"?

Sanz y Sánchez (1998) añaden detalles a todos estos planteamientos, llegando a dar incluso un paso más al criticar la base del concepto de riesgo que manejan los autores citados aquí. Según Sanz y Sánchez sólo podríamos hablar de riesgo, en los términos en que Beck, Giddens, Luhmann y otros lo hacen, en aquellas situaciones procedentes de decisiones tomadas *sin tener acceso a todas las variables* que habrían de intervenir en tales tomas de decisión. Si en el momento de la consideración de dichas variables, previo a la decisión, aparece el posible riesgo en el que se incurre y, asumiéndolo, se va adelante, es decir, se toma dicha resolución, no cabrá hablar de riesgos en sus consecuencias, sino de **certezas**. El “descontrol” propio del riesgo desaparece, al asumirlo y conocerlo. La consciencia de estas cuestiones es algo, según estos autores, que se da en la sociedad contemporánea, y podríamos añadir que quizá cada vez más a menudo, precisamente por el incremento de la posibilidad de conocer tales “riesgos a asumir”, dadas las experiencias previas al respecto, así como el aumento de los propios conocimientos técnicos sobre los procesos potencialmente generadores de riesgo. En este momento, la derivación ética de la cuestión se hace patente:

“(...) no se trata de riesgos: contingencia o probabilidad de que ocurra un accidente o daño, sino la consecuencia evaluada, -mediante experimentación y pruebas- de unas decisiones perfectamente conscientes. En cuyo caso, no existe el descontrol, y el riesgo en nuestros países estriba en perfil moral y ético de las personas que, como representantes de instituciones sociales, adoptan tales decisiones” (SANZ y SÁNCHEZ, 1998; 95).

Situados en la consciencia, en la certeza de las consecuencias de las decisiones, los gobiernos, en las sociedades occidentales, acaparan una alta proporción de la responsabilidad de tales consecuencias, pues, conociendo las actividades generadoras de

riesgos y “certezas” (en el sentido que comentamos), se encuentran en pleno centro de la cuestión al tener en la mano la posibilidad de componer un marco sacionormativo que cubra a la población ante tales peligros. Estas reflexiones de Sanz y Sánchez hacen que podamos llegar a hablar de que, más que en “sociedades del riesgo”, en el ámbito occidental o desarrollado del planeta, vivimos en *sociedades de la certeza*, quedando el término anterior limitado a aquéllas que, desconociendo los peligros reales de las decisiones potencialmente peligrosas, o quizá teniendo acceso sólo a información limitada acerca de ellos, las adoptan.

Sanz y Sánchez subrayan la importancia del papel de la ciencia y la tecnología en estos riesgos y certezas, pues a través de ellas podría mantenerse bajo control el riesgo, es decir, anularlo, y sin embargo son estos sistemas expertos los que insertan riesgo en la dinámica social local y global, al ser usados política, económica y bélicamente por los estados.

5. Respuestas plausibles a dilemas importantes

Con las páginas precedentes he querido dibujar un panorama general básico de la sociedad contemporánea a través de una dualidad de conceptos que son claves analíticas desde el punto de vista sociológico: *postmaterialismo* y *riesgo*.

Hemos planteado cómo los valores postmaterialistas se presentan en sociedad al final de este siglo, dando lugar, cuando menos, a un nuevo modo de interpretar las relaciones sociales, con una clave más simbólica o ideal que material. En otro trabajo², argumentaré cómo el fenómeno sociológico del consumo puede también tratarse como respuesta al valor postmaterialista del *consumo*, es decir, al modo en que, a través de la elección y adquisición de determinados productos construimos nuestra identidad social. Las reflexiones teóricas al respecto se constatarán como similares, dado que, sociológicamente, en nuestra opinión, tienen el mismo fundamento.

También hemos visto que la misma naturaleza de la sociedad que origina fenómenos como el consumo, da lugar, de forma espontánea, a otros procesos que atentan contra la estabilidad y la permanencia de nuestra sociedad en la forma en que la conocemos, generando riesgos de un modo aparentemente tan “natural” que éstos llegan a formar parte de la propia estructura social.

² Pendiente de publicación.

En este punto aparecen dos preguntas clave para cerrar el círculo reflexivo. Se constata que, en nuestra sociedad, el valor postmaterialista que aparece como más importante y extendido de todos los que plantea Inglehart en la obra citada es, precisamente, el valor "ambiental" o, lo que es lo mismo, el valor "ecológico", definido como aquella idea que orienta nuestra acción en el sentido ecológicamente sostenido. ¿Por qué? (DIÉZ NICOLÁS, 2000)

Por otra parte, decimos que es en los países llamados *desarrollados, occidentales o del norte* donde se da con más claridad la aparición de los valores postmaterialistas en general y, en particular, los valores ecológicos. ¿A qué es debido dicho fenómeno?

El profesor Díez Nicolás responde a dichas preguntas con los planteamientos de dos teorías clásicas en la sociología ambiental. Al primer por qué podría contestarse con la *teoría del ecosistema social*, enunciada originalmente por los sociólogos de la Escuela de Chicago y replanteada por sus herederos; al segundo con la *teoría del centro-periferia*, de Galtung.

El principal planteamiento de la teoría del ecosistema social podría quedar en lo siguiente: los modos de pensar, sentir y actuar que supone la cultura, que incluyen, por supuesto, normas y valores, sirven para que la comunidad humana se adapte (y adapte), en su característica relación de lucha – dominación, al medio. Dado que se puede constatar que las relaciones de producción establecidas entre la comunidad humana y su entorno, relaciones basadas en la dominación y explotación ilimitada e insostenible, han desembocado en una crisis planetaria que amenaza la sobrevivencia de la especie (humana y las demás), los nuevos valores postmaterialistas, y en concreto los nuevos valores ecológicos, serían el paso adaptativo siguiente de una comunidad que se ha visto abocada a unas nuevas circunstancias medioambientales, y obligada a reencontrar el equilibrio manifiestamente roto en sus relaciones con el medio.

La respuesta a la segunda pregunta consistiría en: el hecho de que los valores postmaterialistas aparezcan de modo más manifiesto en los países desarrollados o *del centro* que en los subdesarrollados, en desarrollo o *periféricos*, se debería a que la propia centralidad de dichas sociedades, caracterizadas por una participación social elevada, un elevado nivel de conocimiento, tanto político como experto o técnico, y un alto nivel de posicionamiento individual ante los sucesos sociales, hace que sean las primeras en adquirir el conocimiento de cualesquiera hechos que puedan afectar a la dinámica social general (también de las comunidades periféricas) y, dada la posibilidad de control

y uso de los medios de comunicación de masas, así como la existencia de una altísima densidad de información que comunicar (dada la misma centralidad) será el centro la zona desde donde fluya la información y, con ella, la cultura y los valores. El centro será, por tanto, el primero en experimentar los cambios, transmitiéndolos a continuación a la periferia.

6. Nuestro entorno

Y puestos a preguntar, podríamos plantear una última cuestión, como conclusión de este trabajo. Vistos los asuntos previos, teniendo en cuenta que la sociedad española podría definirse, sin demasiado temor a equivocarnos, como parte de la zona *centro* de la sociedad global, o cuando menos cercana a dicha zona; teniendo en cuenta, además, que nuestro modo actual de relación productiva con el medio se desarrolla en las mismas claves descritas más arriba, ¿podríamos decir que la sociedad española se caracteriza en los últimos años por una importancia relativa de los valores ecológicos? Y además ¿en qué medida podríamos afirmar que dichos valores se encuentran arraigados en nuestra cultura? O lo que es lo mismo ¿se reflejan dichos valores en prácticas, en acciones?

No se pretende aquí dar una respuesta definitiva a dichas cuestiones, pues ello requeriría de un esfuerzo que no encaja en las pretensiones de este modesto trabajo. No obstante, utilizando algunas fuentes de datos fiables y de contrastada calidad metodológica en su recogida, nos gustaría, al menos, que las ideas que surjan de dichos datos sí aparezcan ante el lector como sugerentes. Para ello utilizaremos información variada que nos ofrece el Centro de Investigaciones Sociológicas y otros organismos internacionales de investigación, unidos en el programa ISSP³.

En 1993 dicho gran estudio internacional de valores⁴ capta ya la presencia del *medioambiente* como problema en la escala internacional, ya que cuestionados los habitantes de 29 países de todo el mundo, se obtenían los resultados mostrados en la tabla 1.

³ International Social Survey Program.

⁴ CIS, ASEP, ZA: ISSP, 1993.

Tabla 1		
a) La vida moderna perjudica al medio ambiente		
	Mundo	España
Totalmente de acuerdo	10.2%	7.6%
De acuerdo	35.1%	55.2%
Ni acuerdo ni en desacuerdo	18.8%	17.2%
Desacuerdo	28.1%	15.2%
Totalmente en desacuerdo	4.1%	1.3%
No sabe	3.0	3.4%
No contesta	0.8	-
b) Hay una excesiva preocupación por los daños causados por el progreso		
Totalmente de acuerdo	8.4%	4.6%
De acuerdo	28.3%	32.3%
Ni acuerdo ni en desacuerdo	16.9%	10.7%
Desacuerdo	32.2%	41.3%
Totalmente en desacuerdo	8.9%	8.4%
No sabe	4.2%	2.8%
No contesta	1.2%	-
<i>Fuente: ISSP, 1993</i>		

Las respuestas a la pregunta *a)* nos hacen pensar en una percepción clara de la existencia de hechos antiecológicos producidos por la dinámica social y económica internacional, mostrándose nuestro país como más consciente de la cuestión que la media de todos los países preguntados⁵. La mera percepción es el primer paso para la adquisición de conciencia de un problema, pero no significa, por sí misma, preocupación. De modo que, para comprobar su existencia tenemos los resultados a la pregunta *b)*, pudiendo responder de modo afirmativo. Además, nuestro país se manifiesta claramente preocupado por las consecuencias que las actividades propias del "progreso" tienen para el medio ambiente.

⁵ Alemania, Australia, Austria, Bangladesh, Bulgaria, Canada, Chile, Chipre, República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, España, Estados Unidos, Filipinas, Gran Bretaña, Holanda, Hungría, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Latvia, Nueva Zelanda, Noruega, Polonia, Portugal, Rusia, y Suecia.

La misma conclusión podríamos obtener de las respuestas al sencillo ítem de la *tabla 2*, pues prácticamente las tres cuartas partes de los encuestados declaran anteponer la protección ambiental al desarrollo económico, repartiéndose el resto casi a partes iguales entre los que, por el contrario, opinan que es preferente el desarrollo económico aun a costa del entorno, y los indecisos, cuyo elevado porcentaje nos puede sugerir la necesidad de reflexión ante un cuestionamiento, en apariencia tan sencillo.

Tabla 2	
¿Con cuál de las siguientes frases está Ud. más de acuerdo? (7-99)	
Se debería dar prioridad a la protección del medio ambiente, aunque signifique que el desarrollo de la economía sea más lento.	73.9%
Se debería dar prioridad al desarrollo de la economía, aunque signifique dañar el medio ambiente	12.9%
No sabe.	10.4%
No contesta.	2.8%

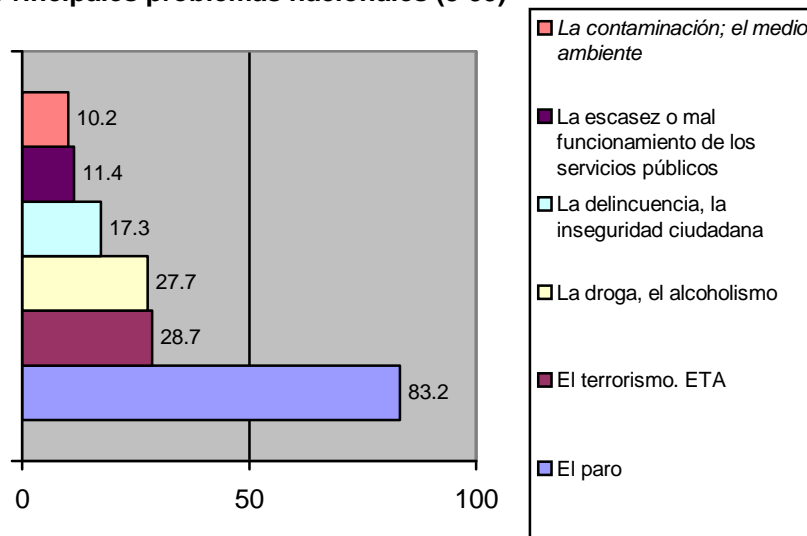
Fuente: CIS, estudio 2322

Para presentar la percepción que de la cuestión ambiental como problema tenemos los españoles, podemos observar el gráfico 1⁶.

GRÁFICO 1

⁶ La pregunta planteada a los encuestados fue: "¿Cuáles son, a su juicio, los tres problemas principales que existen actualmente en España?" Estudio CIS 2322.

Principales problemas nacionales (3-99)



Encontramos, en datos relativamente recientes, que los españoles percibimos el medio ambiente como sexto problema en gravedad, por encima de algunos objetivamente tan importantes como los problemas "económicos", "sociales" y "políticos"⁷, en general. Teniendo en cuenta cuáles son los problemas que los españoles declaramos como más importantes, y comparándolos con los que quedan, en esa escala, por detrás del problema ambiental, no podemos decir que dicha cuestión quede "en mal lugar", valorativamente hablando. Es decir, en términos relativos, podría decirse que la importancia que se le concede, como problema que afecta a todos, es grande; lo que, en términos de valores, significa la existencia del valor ambiental en nuestra escala de valores, porque de lo contrario la agresión al mismo no sería percibida como "problemática", y aún menos al nivel que aparece.

Es interesante comprobar (tabla 3), qué sucede con el medio ambiente como problema cuando, en lugar de preguntar por los problemas del país, se cuestiona por los que la persona se siente personalmente más afectada⁸. Las cuestiones ambientales retroceden un buen número de puestos, hasta el número 14. Los españoles, aun percibiendo dicho problema como de los más graves, dicen no sentirse afectados personalmente por él.

⁷ En concreto, la lista de problemas que ese estudio sitúa tras los problemas del medio ambiente son: Problemas económicos, problemas sociales, problemas políticos, déficit de valores sociales, el sistema educativo, las pensiones, el conflicto de los Balcanes, los problemas de la juventud, los problemas relacionados con la agricultura, la corrupción, el fraude, el tráfico de influencias, las actuaciones judiciales, los problemas derivados de las autonomías, la salud, la familia, el futuro de los hijos.

⁸ Literalmente: "¿Y cuáles son los tres problemas que a Ud., personalmente, le afectan más?"

Tabla 3		
Problemas por los que nos sentimos más afectados personalmente. (3-99)		
Problema	%	Posición
Paro	85,9	1
Terrorismo	52,7	2
Droga, alcoholismo	29,1	3
Delincuencia, inseguridad ciudadana	13,8	4
Problemas económicos	10,2	5
Servicios públicos	9,6	6
Problemas políticos	7,7	7
Problemas sociales	5,4	8
Déficit de valores sociales	5,3	9
Otros	4,0	10
El sistema educativo	3,3	11
Pensiones	3,2	12
Corrupción, fraude	2,2	13
<i>Medioambiente</i>	2,2	14
Actuaciones judiciales	1,8	15
Problemas de las autonomías	1,4	16
La salud	,6	17
Ninguno	,2	18
Problemas de la juventud	1,0	19
(N)	(2344)	

Fuente: CIS, estudio 2322.

En nuestra opinión, el hecho de que la población no se sienta afectada personalmente directamente, en general, por los problemas ambientales, podría ser interpretado como una falta de conciencia real del problema. Es decir, si formulásemos un enunciado resumen de la idea, el español medio pensaría que "el problema existe, pero yo no lo tengo". La lejanía de la percepción nos refiere directamente a que el grado de conciencia de dicho problema no es el suficiente como para sentirse directamente afectado y a que, por lo tanto, no podemos pensar, de entrada, en que el medio ambiente sea comparado como un valor tan estable e interiorizado como otros (el valor *trabajo*, tradicional y clave histórica y cultural en la sociedad española, el valor *paz*, el valor *seguridad*... como ejemplos que reflejan los datos expuestos).

El perfil del español preocupado por el medio ambiente podríamos obtenerlo de la observación de la tabla 4, donde vemos jóvenes, gente con nivel de estudios elevado, urbanos y asalariados son las variables que más parecen definir al preocupado ambiental, mientras que género e ideología política no aportan luz al respecto, pues si las ideologías extremas puntúan alto, también lo hace el centro político.

Tabla 4	
Preocupación por el medio ambiente ⁹	
	Media
Total	6.7
<i>Género</i>	
Mujeres	6.6
Hombres	6.7
<i>Edad</i>	
18 a 24	6.8
25 a 34	6.8
35 a 44	6.9
45 a 54	6.8
55 a 64	6.4
65 y más	6.3
<i>Nivel de estudios</i>	
Sin estudios	6.2
Primarios	6.5
Secundarios	6.8
Formación profesional	7.0
Medios universitarios	7.0
Superiores	7.2
<i>Situación profesional</i>	
Empresario, profesional independiente	6.5
Asalariado	6.8
Otras situaciones (ayuda familiar, cooperativista...)	6.2
<i>Tamaño de municipio</i>	
< 2000	6.3
2001-10000	6.5
10001-50000	6.6
50001-100000	6.6
100001-400000	6.9
400001- 1 mill.	6.6
> 1 mill.	7.0
<i>Ideología</i>	
Extrema izquierda	7.5
Izquierda moderada	6.8

⁹ "En una escala de 0 a 10, en la que 0 significa que no está usted nada preocupado por el medio ambiente y la naturaleza y el 10 que está muy preocupado, ¿dónde se colocaría?".

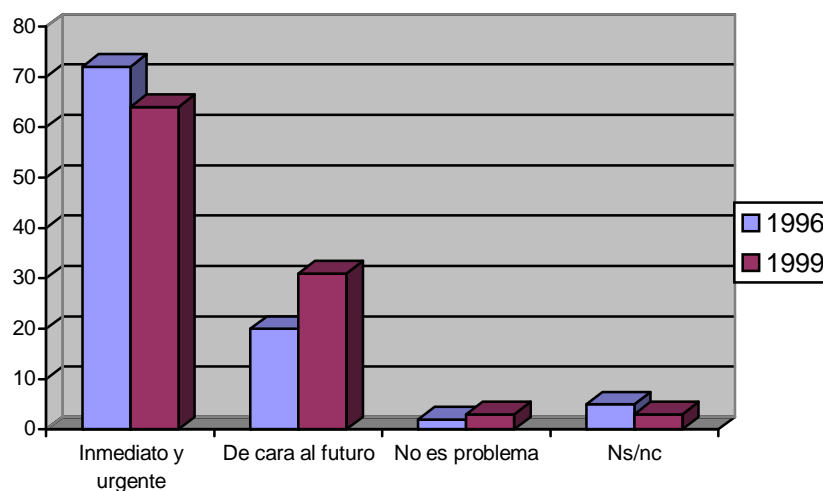
Centro	6.7
Derecha moderada	6.2
Extrema derecha	6.8
Fuente: CIS, estudio 2209	

Cuestionados de forma específica a cerca de los problemas medioambientales, los españoles parecen inclinarse a declarar (gráfico 2¹⁰) que dichos problemas son, sobre todo, urgentes.

¹⁰ CIS, estudios 2209 y 2322.

GRÁFICO 2

La conservación del medio ambiente es un problema...



La percepción del problema como inmediato parece girar a definirse como una cuestión que puede ser más un problema de futuro, en un mecanismo cuya dinámica podría ser atribuida a la comprobación empírica de que los discursos eco-apocalípticos propios de los años ochenta parecen no realizarse (o al menos, "nosotros seguimos vivos"), pero sobre todo a una estabilización, en la última década, de la consideración del problema, basada en un aumento del flujo informacional sobre cuestiones medioambientales, la necesidad de su conservación, su estado y sus problemas.

A pesar de la explosión informativa al respecto, la variedad de fuentes y los mensajes contradictorios dan lugar a datos como los expresados en el gráfico 3.

Interés e información sobre problemas ambientales

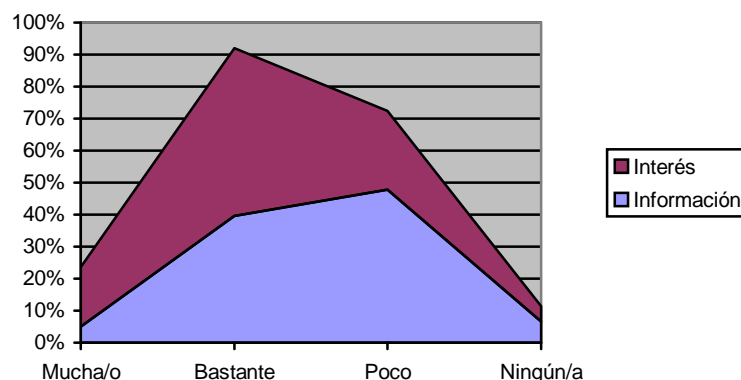


GRÁFICO 3

Aunque el interés por la materia es manifiestamente alto, no se confía en que el conocimiento del que se dispone sobre ella sea lo suficientemente profundo.

La información reflejada hasta aquí no nos permite pensar que el medio ambiente como valor social tenga un arraigo y una madurez suficiente en nuestra sociedad y nuestra cultura como para esperar que dicho valor sea un referente claro para las acciones consecuentes que, como tal valor, podría orientar. Encontramos diversa información en los mismos estudios referenciados hasta ahora al respecto de dicho planteamiento.

Al interpelar a los encuestados sobre su disposición a "pasar a la acción" con medidas concretas (tabla 5), los resultados nos sugieren la conocida y estudiada distancia entre las actitudes y los comportamientos.

Tabla 5			
Y Ud. personalmente ¿estaría dispuesto a... (3-96)	%		
	Sí	No	Duda
Pagar un impuesto específico adicional para financiar la conservación y protección del medio ambiente.	47	33	20
Participar en manifestaciones o actos de protesta para la defensa del medio ambiente	47	38	15
Colaborar con grupos ecologistas para impedir el desarrollo de una actividad económica que perjudique el medio ambiente en su localidad o alrededores.	52	31	17
Fuente: CIS, 2209.			

Como podemos ver, los tres ítems hacen referencia a una acción real y positiva, es decir, pro-ambiental, y en dos de los tres ítems la duda y la negativa superan, aunque levemente, la respuesta afirmativa. Es interesante, nuevamente, la alta proporción de duda existente en las respuestas, así como que el tercer ítem sea el único en el que la afirmación supera a negativa y duda. Nótese que dicho ítem es el único que hace referencia a la posibilidad de actuar contra una agresión ambiental en el entorno más cercano del encuestado. El fenómeno NIMBY¹¹ parece hacer acto de presencia.

El estudio ISSP nos ofrece dos preguntas cuyos resultados también consideramos apropiado mostrar aquí (tabla 6).

¹¹ Del inglés "Not In My Back Yard". Hace referencia a la constatación de que la población se muestra más preocupada y dispuesta a actuar cuando aparece la posibilidad de que el fenómeno agresivo se de cerca de su entorno socio-ambiental cotidiano.

Tabla 6		
a) Ayuda al M.Amb.: hacer lo posible aunque cueste dinero/tiempo		
	Total ¹²	España - E
Total	30991 (100%)	1208 (100%)
Totalmente de acuerdo	8.60%	5.40%
Acuerdo	42.00%	39.80%
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	26.10%	27.80%
Desacuerdo	14.00%	21.40%
Totalmente en desacuerdo	2.90%	2.70%
No sabe	5.40%	3.10%
No contesta	1.10%	-
b) Ayuda al M.Amb.: demasiado difícil hacer algo uno mismo		
	Total	España - E
Total	30991 (100%)	1208 (100%)
Totalmente de acuerdo	9.60%	7.20%
Acuerdo	25.20%	33.00%
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	14.70%	12.20%
Desacuerdo	35.80%	36.80%
Totalmente en desacuerdo	11.20%	8.20%
No sabe	2.60%	2.50%
No contesta	0.90%	-
c) Acciones en pro M.Ambiente: firmar carta¹³		
	Total	España - E
Total	30991 (100%)	1208 (100%)
Sí	21.90%	14.90%
No	76.20%	84.60%
No sabe	0.10%	0.50%
No contesta	1.80%	-
d) Acciones en pro M.Ambiente: donativos a grupos¹⁴		
	Total	España - E
Total	30991 (100%)	1208 (100%)
Sí	19.80%	10.00%
No	73.10%	89.00%
No sabe	0.10%	1.10%

¹² Referido al total de la muestra de los países participantes del ISSP.

¹³ "En los últimos 5 años: ¿ha firmado usted alguna carta colectiva sobre alguna cuestión medioambiental?".

¹⁴ "En los últimos 5 años: ¿ha hecho algún donativo a algún grupo medioambiental?".

No contesta	1.90%	-
NAP, Sin Datos	5.00%	-
e) Acciones en pro M.Ambiente: manifestaciones¹⁵		
	Total	España - E
Total	30991 (100%)	1208 (100%)
Sí	4.70%	5.50%
No	92.20%	94.00%
No sabe	0.10%	0.50%
No contesta	3.10%	-
NAP, Sin Datos	-	-
<i>Fuente: ISSP, 1993</i>		

El planteamiento abstracto y generalista de la pregunta *a)* se refleja en porcentajes de acuerdo elevados, así como en la importante proporción de dudosos. Nótese, no obstante, que España aparece por debajo de la cantidad relativa de acuerdo (o total acuerdo) correspondiente al total de los países encuestados. En la pregunta *b)*, que toca el papel personal, la implicación directa, de los individuos en la solución de problemas, aunque sin hacer referencia a acciones concretas, la cantidad de desacuerdo o total desacuerdo, correspondiente, en este caso, a una actitud más *ecológica*, prácticamente es idéntica a la de acuerdo de la pregunta *a)*, lo que corrobora la existencia de dicha actitud y la supuesta predisposición a la acción, con un número de dudosos notablemente inferior, así como unas cifras relativas españolas que, en este caso, superan, en respuesta ecológica, a las mundiales.

El trío siguiente de items entran de lleno en la acción, con una formulación que alude directamente a los actos llevados a cabo en la línea de acción social para la solución de problemas. Las respuestas a los tres son claras; el máximo nivel de acción lo encontramos en la que menos esfuerzo personal requiere, la firma de una carta de adhesión a algún postulado o posición ecológica, con un escaso 15% del total de encuestados; breves cifras, sobre todo si consideramos que se pregunta por los últimos 5 años.

La tabla 7 ahonda en esa línea de acción, constatando, en las tres acciones que se puede observar, el comportamiento ecológico de la población. La cifra más elevada de "Siempre" la encontramos en el 14.3% de la referencia a separación de residuos, com-

¹⁵ "En los últimos 5 años: ¿ha participado en algún acto de protesta o manifestación sobre alguna cuestión medioambiental?".

portamiento en el que la acción ecológica esporádica está más presente que en el resto de propuestas, donde los "Nunca" protagonizan la columna de porcentajes.

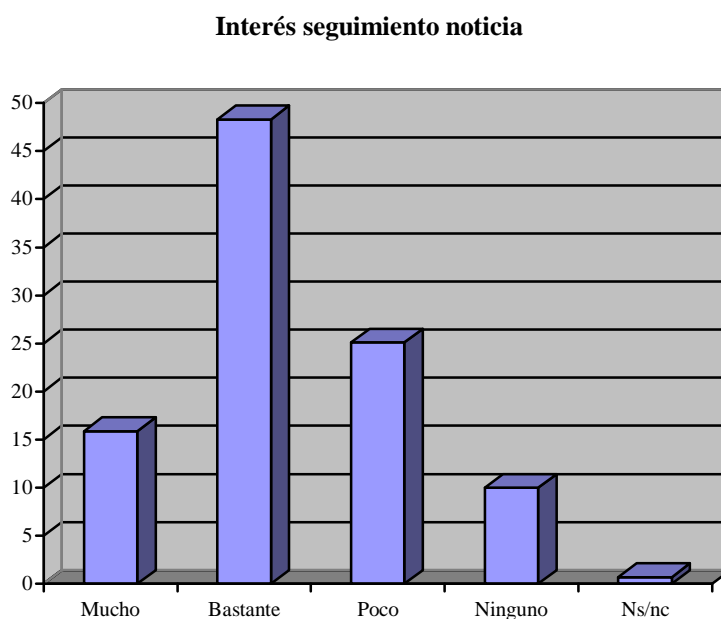
Tabla 7 ¹⁶	
Esfuerzo Prot. M.Amb.: separar vidrio, metal, etc. para reciclar	
	España - E
Siempre	14.30%
A menudo	16.60%
A veces	22.40%
Nunca	23.20%
No disponible donde vivo	22.80%
Ns/nc	0.70%
Esfuerzo Prot. M.Amb.: comprar fruta/verd cultivadas sin pesticidas	
	España
Siempre	3.90%
A menudo	6.30%
A veces	11.60%
Nunca	48.80%
No disponible donde vivo	20.90%
Ns/nc	8.60%
Esfuerzo Prot. M.Amb.: no conducción por razones medioambientales	
	España
Siempre	0.30%
A menudo	3.20%
A veces	8.20%
Nunca	48.80%
No disponible donde vivo	37.80%
Ns/nc	1.80%
<i>Fuente: ISSP, 1993.</i>	

Para concluir la serie de datos, haremos referencia a un tema que los teóricos del riesgo no dudarían en poner como ejemplo paradigmático. Se trata de las noticias que saltaron a los medios de comunicación a mediados de 1999, haciéndose eco de la contaminación o alteración de algunos alimentos, como pollos, cerdos, huevos y refrescos

¹⁶ ISSP, 1993. "Con qué frecuencia se toma Ud. la molestia de..."

de cola en varios países europeos con los que el intercambio comercial de esos mismos productos es cotidiano.

GRÁFICO 4¹⁷



Manifestándose un relativamente elevado interés en dichas noticias, en los datos siguientes observamos que ni el mencionado interés, ni la gravedad, en términos de riesgos claros para la salud, de los sucesos consiguen modificar de modo sustancial los comportamientos de compra y alimenticios de los españoles.

¹⁷ CIS, estudio 2367, julio 1999. "Como Ud. seguramente recuerda, a primeros de junio se conoció la noticia de la contaminación de algunos alimentos, pollos, cerdos, huevos, coca cola, que tuvo su origen en Bélgica. ¿Con qué interés ha seguido Ud. esta noticia?".

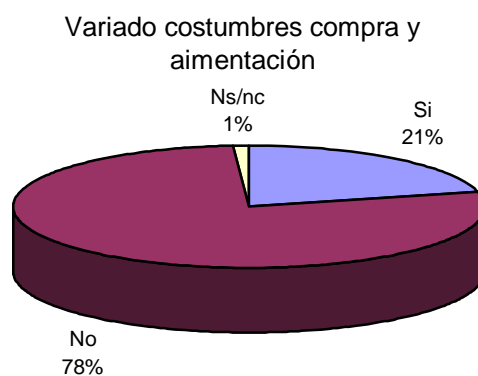
GRÁFICO 5¹⁸

Tabla 8

A partir de las noticias, ¿consume más o menos estos productos?¹⁹

	Más	Igual	Menos	Nc.
Carne de vaca	1.4	90.6	7.0	1.0
Pescado	6.6	91.2	1.9	0.3
Carne de cerdo	1.6	89.7	8.0	0.7
Pollo	0.2	78.8	20.5	0.5
Huevos	0.2	90.8	8.6	0.4
Coca cola	0.4	79.8	17.2	2.6
Productos lácteos	0.6	94.9	4.1	0.4

Fuente: CIS, estudio 2367, julio 1999.

No obstante, no podemos dejar de lado es 21% de población que dice haber modificado sus habituales compras y hábitos alimenticios, ni los porcentajes, similares, que dicen consumir menos cantidad de los productos "de riesgo".

¹⁸ CIS, estudio 2367, julio 1999. "Con independencia de que Ud. haga la compra o no personalmente, desde que conoció la noticia de la contaminación de alimentos, ¿ha variado Ud. sus costumbres en la compra de alimentos o en su alimentación?".

7. Conclusiones

La actual situación ambiental y la aparición de los problemas derivados de ella, parecen haber logrado plasmarse en la aparición de una preocupación ambiental, que se manifiesta en la medida que identificamos el entorno como un valor, es decir, como una idea que nos sirve de referencia para orientar acciones.

Ahora bien, si en los datos mostrados como ejemplos, y en el resto de estudios existentes al respecto, sí está presente la mencionada preocupación y el valor ambiental como parte de la escala de valores de la sociedad española, no podemos afirmar que dicha presencia motive, de un modo generalizado, la acción ecológica consecuente. No obstante, también parece claro que ciertos sectores de la población actúan ya conforme al dictado de los valores ecológicos.

A estos dos hechos se debe sumar alguna reflexión adicional. En esta sociedad denominada "global", que cada vez lo es más y que, según la teoría centro – periferia, organiza la distribución de influencia material y cultural en sentido centrífugo, sucede que la sociedad española, situada secularmente en la periferia, en las últimas décadas ha irrumpido, en sólo dos generaciones demográficas, en las *capas más externas* del centro. A este comentario habría que añadir la conocida lentitud con la que, por definición y por experiencia histórica, se desarrolla cualquier cambio social, aún más si se trata de características culturales, como es el caso de los valores.

Con todo ello, podríamos concluir que el valor *medio ambiente* se encuentra, en la actualidad, en proceso de asentamiento y de maduración, pues no es lo suficientemente compartido ni estable como para reflejarse en un nivel de acción coherente significativo. No obstante, podemos decir que, dado lo reciente de su "llegada", el grado de importancia concedido por la población es elevado.

En nuestra opinión puede esperarse, si dicho valor sigue el proceso de estabilización observado en otros valores sociales, que el reflejo en la acción ecológica sea cada vez mayor, tanto a través de dicha estabilización, sus consecuencias, como por la presión ejercida por el propio medioambiente (como afirmaría la *teoría del ecosistema social* y la *teoría del riesgo*) y otras razones, relacionadas con el auge de otros valores

¹⁹ "Más en concreto, ¿podría decirme si durante el último mes y a partir de esta noticia, ha consumido más, igual o menos los siguientes productos?".

postmaterialistas (calidad, consumo, salud...) cada vez más vinculados con el valor medio ambiente.

Bibliografía

BAUDRILLARD, J. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI. México, 1981.

BECK, U. *Risk society. Towards a new modernity*. Sage. Londres, 1993.

BECK, U.; GIDDENS, A.; LASH, S. *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza. Madrid, 1997.

BERIAIN, J. *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Anthropos. Barcelona, 1996.

BOCOCK, R. *El consumo*. Talasa. Madrid, 1995.

CATTON, W.; DUNLAP, R. "Environmental sociology: a new paradigm". En *Annual Review of Sociology*, n^o5, 1978, 243-273

DIEZ NICOLÁS, J. *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Fundesco. Madrid, 1994.

- "Industrialización y preocupación por el medio ambiente". En *Huelva: Medio Ambiente y Sociedad*. Edita: Grupo de Investigación Estudios Sociales e Intervención Social. Huelva, 2000

GIDDENS, A. *Consecuencias de la modernidad* Alianza. Madrid, 1990.

INGLEHART, R. *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. CIS - SigloXXI. Madrid, 1991.

SANZ, C.; SÁNCHEZ, J. *Medio ambiente y sociedad: de la metáfora organicista a la preservación ecológica*. Comares. Granada, 1998.